

Estruendos desde el abismo

Anatomía del abismo

ROBERTO SEGROV

Man in the Box, Bogotá, 2020, 547 pp., il.

ROBERTO SEGROV es un enigmático autor colombiano que hace un par de años empezó a publicar delgados volúmenes de poesía en varias editoriales independientes. Hasta antes de *Anatomía del abismo*, su único libro de narrativa era la colección de cuentos *Un crepúsculo que no termina*, también breve.

Anatomía del abismo es una extensa novela dividida en tres partes. Cada una de ellas está compuesta por una serie de monólogos, como si fueran respuestas a una entrevista cuyas preguntas el lector nunca escucha. También se podría pensar que son transcripciones de algún tipo de grabación. Esta estructura sin duda remitirá a muchos lectores a la celeberrima novela de Roberto Bolaño. Pero, mientras que la voluntad de legibilidad y ligereza que impulsó la escritura de *Los detectives salvajes* hace que esta termine siendo una de las obras menos interesantes del chileno, *Anatomía del abismo* empieza en medio de una espiral de caos, desde donde no se podrá vislumbrar alguna tentativa de orden o siquiera un propósito hasta después de muchas páginas.

La primera sección está narrada por tres mujeres que se turnan sus monólogos. Sus nombres son Aura Lawson, Hannah “Hans” Palmer y Andrea Tregaskin. No es mucho más lo que sabremos de ellas, lo cual no deja de ser notable, considerando que durante un poco más de cien páginas no hacen más que hablar sobre sí mismas. Sus preferencias sexuales, sus concepciones del arte, esbozos sociológicos, alusiones a personas que aún no aparecen en la narración e interminables pies de página conforman el grueso de la sección. Las tres mujeres tienen en común su beligerancia y también una cierta incongruencia de carácter y voz. Esto último se podría tomar como una falencia crucial, si no existiera la posibilidad de lectura que se propone a continuación: estos personajes no son seres cristalizados de forma definiti-

va, sino que conforman una especie de conciencia colectiva que verbaliza muchas de las preocupaciones, referencias, obsesiones y falacias que se tratarán más a fondo en las otras dos partes del libro. Incluso se podría pensar que el “Hans” que acompaña al nombre de Hannah Palmer, además de sugerir una no-binariadad por parte de este personaje, también podría dar cuenta de una conciencia masculina intrusa, metiendo la mano para deshacer la pretendida verosimilitud por la que muchos autores masculinos se esfuerzan cuando ponen a hablar a sus personajes femeninos. En definitiva, la primera parte del libro es la más difícil y menos amena, sobre todo para quienes no compartimos los intereses que los personajes articulan incesantemente. No obstante, la sección cierra con una escena onírica de tal potencia poética que de seguro intrigará hasta al más escéptico sobre lo que le sigue a esta primera parte.

En la segunda y más extensa sección conocemos a Jorge Tapia, tal vez el protagonista de la novela, si se puede señalar alguno, y al que las tres voces de la primera parte se refieren constantemente. Tapia es un mexicano que está en constante movimiento por la geografía colombiana. Entre los motivos que lo mueven, se pueden identificar claramente los siguientes: encontrar a un personaje llamado Romeiro Mallki para obtener información sobre el Proyecto Yupana, una suerte de archivo de las denuncias que muchas personas han hecho acerca de un tenebroso plan de genocidio y esterilización forzada. Luego, al perder el contacto con Mallki, Tapia busca a otro personaje, Trinity, un ciclista místico que parece poder modificar el espacio-tiempo con sus palabras, para que lo ayude a encontrar más información sobre el proyecto. Hacia la última parte de su sección, Tapia se dedica a huir de una pareja de asesinos llamados “los Gansos”, siempre de blanco ellos, fríos, inexpresivos, que parecen estar siempre a la vuelta de la esquina. Pero a pesar de estas generalidades de la trama que acá se esbozan, lo primero y más llamativo con lo que el lector se enfrentará es el discurso frenético y delirante del propio Tapia. Nuevamente, empezamos ya en medio del torbellino de hechos. Cada uno de sus

monólogos parece ser una grabación de voz que envía a “Robertito” (el autor, Roberto Segrov). Estos monólogos tienen algo en común con los de la primera sección por cuanto Tapia se explaya caóticamente sobre los más variados temas, pues también siente la necesidad de expresar, justificar y probablemente verificar sus ideas y convicciones sobre política, literatura, música, artes marciales y la vida en general. Tapia es un hombre pasional e impulsivo, a quien no le importa recurrir a embustes poco elaborados tanto para edificar a alguien como para criticarlo. En el último caso resaltan las diatribas contra personajes como Sigmund Freud y Joseph Campbell, de quienes Tapia habla como si se trataran de rufianes del barrio a los que se tendría que enfrentar a golpes tarde o temprano. La segunda sección, no obstante, se diferencia de la primera en que todas estas disquisiciones están complementadas con relatos de las aventuras, reales o inventadas (da igual para el caso) del propio Tapia. Brilla la narración en las escenas de acción, como aquella en que se escapa de una emboscada en el baño de un restaurante echando mano de sus idiosincrásicas técnicas de artes marciales. Los monólogos se intercalan con inquietantes grabaciones anónimas que sugieren hechos tenebrosos ocurridos alrededor de Tapia y otros personajes.

En la tercera y última sección del libro encontramos al mismísimo Roberto Segrov, quien retoma la investigación de Tapia después de que este ya no está en la narración (no diremos por qué). Es la voz más sosegada entre los personajes principales, lo cual es coherente con la estructura de la obra, que va de mayor a menor dificultad en sus secciones. Segrov continúa con la tradición de las listas y las digresiones, pero su labor de autor/personaje que empieza a darle cohesión a todo facilita la lectura, a ratos incluso exigiendo que sea compulsiva. Y más que cerrar puntos de la trama, la aparición de Segrov permite entender mejor el *estilo* del libro. El sentido de su saturación y de su caos. Se trata de un libro de misterio que *es* un misterio. Los interrogantes, los espacios en blanco que pone en escena, dicen más sobre nuestras saturadas y evanescentes existencias contemporáneas que sobre

NOVELA		RESEÑAS
<p>los hechos alrededor de un crimen.</p> <p>Si Alberto Laiseca desarrolló el “realismo delirante”, Segrov le ha dado forma a algo que quisiera llamar “maximalismo delirante”. El maximalismo como tal surgió a mediados de siglo pasado en Estados Unidos con autores como William Gaddis, David Foster Wallace y Alexander Theroux, por mencionar a algunos. Ellos escribieron extensos libros-mundo en los que intentaron volcar todo lo que había en su interior. <i>Anatomía del abismo</i> tiene la ventaja de no obsesionarse con lo enciclopédico, aquello en lo que tanto pueden caer las obras del maximalismo tradicional, y se ocupa más bien de crear topografías textuales, experiencias sensoriales, poéticas y herméticas, que exigen compromiso y, muchas veces, paciencia por parte del lector. A cambio, este recibe una de las obras literarias más arriesgadas de la literatura colombiana de los últimos años.</p> <p style="text-align: right;">Eloy Caicedo</p>		